

El Discurso Histórico ante la Crisis de la Política

AUGUSTO RUIZ ZEVALLOS
UNFV

«Es demasiado cómodo, en verdad demasiado cómodo, separar las obras del intelecto de la historia que los ha generado y de aquella que ellas han contribuido también, por vías indirectas, a generar; para colocarse en una especie de status nature incorruptae, en un estado de perpetua inocencia, no manchado por el fango de la historia»

Norberto Bobbio

La crisis de la política es el síntoma más extendido de la crisis de la modernidad y es uno de los principales obstáculos para la consolidación de la democracia y el desarrollo de nuestro país. No se trata simplemente de la obsolescencia de los partidos llamados tradicionales. Se trata de un fenómeno mayor. Los ciudadanos no confían en los grandes discursos, los elementos políticos en su mayoría se recluyen en la esfera local -sin atinar a formar nuevos partidos- y los intelectuales no salen de su desconcierto; para bien o para mal ya no están orientando ningún proyecto nacional. La crisis de la política también ha originado la crisis del discurso histórico académico, en la medida en que deja sin piso, sin una razón clara de ser, a este discurso. La crisis de la política tiñe pues de incertidumbre nuestra época.

Ante esta realidad ha surgido en los últimos años el planteamiento de la Refundación de la Política. Una refundación de la política significaría que los peruanos vuelvan a confiar en que es posible luchar mancomunadamente por el desarrollo, la reducción de las desigualdades sociales, el bienestar de las familias, la justicia social, un país más democrático; lo que pasa previamente por la gestación de nuevas entidades políticas nacionales. Esto será imposible de conseguir si los nuevos políticos no disponen de elaboraciones ideológicas y de un buen argumento para presentar al país.

Pero tal esfuerzo no depende solamente de los políticos: demanda el concurso de todas las disciplinas sociales, incluida la historia.

Historia y Nueva Política

Estamos partiendo, pues, de una premisa hoy venida a menos pero no por ello equivocada: el rol del historiador no debe estar al margen de los proyectos de organización de la sociedad, lo cual incluye -pero va más allá de- los aportes aislados que él pueda ofrecer a ministerios, museos, medios de comunicación, etcétera. Nos referimos (y nos dirigimos) al historiador que tiene pasión por su país y no sólo por su disciplina.

Como es bien sabido, existe una larga tradición que sustenta esta premisa. Tras las investigaciones de grandes figuras de la historiografía peruana, ha existido una mirada previa a los problemas del presente. Muchas de las investigaciones de las últimas décadas, sobre todo aquellas que estuvieron bajo la influencia del marxismo, fueron realizadas por hombres y mujeres coherentes con un paradigma interpretativo de la historia humana, de la realidad mundial y de la realidad peruana. Esas investigaciones son ejemplares fundamentalmente porque partían de una toma de posición ante los desafíos de su presente y porque servían para refrendar o enriquecer proyectos nacionales. La crítica que realizaban los historiadores formaba parte de una realidad mayor, a saber, la existencia de distintas visiones de lo que es y debería ser el Perú.

La historiografía de los años que van de los sesentas a los ochentas tuvo una brújula. En cambio, en la actualidad, el panorama es más confuso. Predominan posturas a las que podemos llamar indiferentes, que consideran que sólo hay que investigar para conocer mejor nuestro pasado y que ya no es posible ni deseable disponer de una orientación más allá de la académica. Se investiga para llenar un vacío en el conocimiento sin una motivación presente. Se trata de una actitud de complicidad con la no solución de los problemas nacionales. Otros prefieren seguir anclados en los esquemas tradicionales abordando perspectivas de investigación que antes al menos tenían sentido porque estaban al servicio de ciertos proyectos situados en la realidad: en los movimientos sociales hoy desintegrados y en las expresiones políticas que los representaban (los partidos de la izquierda tradicional).

Dicho de otro modo, por un lado hay quienes reproducen un discurso histórico que ya no puede estar al servicio de ciertos proyectos nacionales, puesto que estos proyectos materialmente han dejado de existir. Y por otro lado, hay quienes investigan, plantean temáticas y desarrollan perspectivas al margen de cualquier motivación actual. Hacen historia por la historia misma, no por una deliberada opción teórica. En realidad forman parte de un fenómeno mayor: la indiferencia de las masas. De hecho son la expresión de una realidad subjetiva posmoderna sin ser posmodernistas.

En las Escuelas de Historia de las universidades peruanas las teorizaciones del pasado tienen todavía cierta gravitación, aunque hay un franco predominio de la indiferencia ante los actuales desafíos. En ambos casos el discurso histórico carece de direccionalidad. Por ello hablamos de una crisis del discurso histórico académico. Pero entre unos y otros puede abrirse campo una corriente que tienda a la configuración de una nueva orientación. Lo que implica recoger los aportes de ambas posturas y sobre todo tener en claro que ya no es productivo hacer historia al servicio, muchas veces inocente, de proyectos que correspondieron a otra etapa, sino más bien, hacer historia para ayudar a construir un nuevo proyecto para el país.

Construir un nuevo proyecto para el país -un objetivo que no puede ser exclusivo de los historiadores- sería una tarea además sumamente compleja, pues mientras que en el pasado reciente la mayoría de científicos sociales investigaron solamente para *apuntalar* un proyecto -por ejemplo, el proyecto de la izquierda tradicional en sus múltiples rostros, cuyas matrices provenían de los años 20'-, en nuestros días, a las puertas del siglo XXI, hay que investigar para *crear* (refundar) el proyecto moderno. Un proyecto moderno, por cierto, radicalmente democrático, que vea a la libertad como su estrella polar. Una nueva política.

La importancia del discurso histórico para una nueva política se visualiza mejor si analizamos la experiencia de finales de la década de los ochentas. Suele interpretarse, acertadamente, la desaparición de las izquierdas como resultado de: 1) la crisis eco-

nómica; 2) la nueva complejidad social y la difuminación de las identidades sociales; 3) el divisionismo de sus líderes; 4) el desencuentro con nuevos actores sociales como pequeños empresarios e informales; 5) la presencia de la subversión que contribuyó a desprestigiar el socialismo; y 6) el derrumbe de las sociedades de Europa del Este. Una serie de factores que han estado presentes, con distinta intensidad, en otros países donde, sin embargo, la izquierda maduró a tiempo, hoy mantiene una influencia importante y sus cuadros y militantes no están, como en nuestro país, en la inactividad (o en el otro bando).

Los intelectuales de izquierda en el Perú, especialmente sus historiadores, criticaron fácilmente a esos dirigentes acomodatícios, que no avizoraban el horizonte utópico ni estaban a la altura del revolucionarismo y la creatividad. Nosotros mismos hemos dicho al comenzar que la crisis de la política arrastró al discurso histórico. Pero hasta ahora no nos hemos cuestionado por la responsabilidad de ese discurso en el fracaso político de las izquierdas en un momento en que el país demandaba de su madurez.

Habría que tomar en cuenta las palabras de Norberto Bobbio que encabezan esta introducción y hacernos algunas preguntas. Por ejemplo: ¿cómo juzgar a esos líderes políticos por no prestar atención al fenómeno de la informalidad y la pequeña empresa, sin juzgar al mismo tiempo a los historiadores que seguían descubriendo al hombre andino (antioccidental y antimoderno), mientras que el hombre andino conquistaba la modernidad?. ¿Como criticar a los políticos que empujaron al país al aislamiento internacional sin mencionar que la confirmación académica para esta conducta podían encontrarla en las lecturas del pasado?. Debemos preguntarnos si el discurso histórico de confrontación, romántico y antirreformista, acaso no colaboró para que los líderes y sobre todo la militancia izquierdista se estancaran en un utopismo verbal sin salidas realistas que ofrecer al país. Hoy en día podemos saber que los líderes de izquierda, aunque quisieran dar un paso decisivo hacia el realismo, la madurez y la eficiencia política, tenían que satisfacer con retórica y parafernalia el radicalismo de un buen sector de la militancia juvenil, el cual encontraba estímulo en el discurso histórico dominante en los ochenta. El mito, construido en 1991, según el cual «la creciente separación entre el quehacer [de los intelectuales] y la militancia política práctica ha tenido costos negativos para la izquierda»¹, es solamente eso: un mito. Aunque es verdad que algunos autores -especialmente sociólogos- realizaron una temprana crítica a la postura radical, hoy resulta urgente fomentar una toma de conciencia de estos hechos y extraer lecciones para lograr construir un discurso histórico que pueda influir positivamente sobre la política.

Hay que precisar que no se intenta cuestionar la calidad académica de otros científicos sociales, algunos de ellos con tan grandes méritos. Como académicos y como personas que se comprometieron con un proyecto de país, esos investigadores, quieranlo o no, son nuestro tesoro. Lo que se intenta cuestionar son los supuestos ideológicos y políticos que los inspiran y a los que alimentan. Finalmente mi intervención no es sólo como historiador. Es básicamente a título de un ciudadano que quiere pensar la realidad peruana y nuestro destino colectivo, y como tal puedo percibir al igual que muchos profesionales que el modelo neoliberal y los viejos proyectos son ineficaces para resolver los problemas urgentes del país. Por ello estamos con aquellos que ven necesario un nuevo proyecto que refunde la política y creo que en esta empresa puede ayudar el diseño y difusión de un nuevo discurso histórico.

El Discurso Histórico

Mi impresión es que esta tarea ha comenzado y está siendo desplegada por investigadores que no lo manifiestan, ni están motivados por la necesidad de contribuir a la constitución de un nuevo proyecto de país (un **Nuevo Pacto Nacional**), aunque no son opuestos a esta idea; por investigadores que incluso pueden rozar la indiferencia y autoconfinarse en un escrupuloso trabajo en los archivos, pero que en conjunto quieren observar la historia tal y como ha sido y no con una imagen idealizada de la realidad. Se expresa por ejemplo en aquellos que no sobredimensionan las temáticas del conflicto y van en busca de la conciliación como uno de los hilos conductores de la historia de nuestro país; que no presentan los conflictos solamente como solución excluyente de los problemas (por ejemplo, lo andino contra lo occidental, lo moderno contra lo tradicional), sino también presentan el conflicto como un camino hacia el pacto. Un discurso histórico con este ingrediente sin duda colabora a situarnos en la construcción de un mañana donde puedan generarse los consensos.

En esta perspectiva estarían aquellas corrientes que no aceptan como única la perspectiva epistemológica de la ilustración y que en lo metodológico estarían inspiradas en la categoría de *totalidad abierta*, que por lo tanto rechazan el concepto de hombre en abstracto, los supuestos ontológicos y esencialistas de los grupos sociales, que no trabajan con un principio unificador de la historia peruana concebido a priori, y al contrario buscan al sujeto en sus múltiples identidades, a los hombres y mujeres en principio como individuos, con sus reclamos, sus derechos diferentes. Se podría decir que estas aproximaciones representan la búsqueda de *las historias* como camino previo para llegar a *la historia*?. Un discurso que destierre por fin las aproximaciones esencialistas, que vaya al encuentro de las múltiples identidades, es el camino para articular las diferencias dentro de una coherencia abierta.

Más concretamente, en esta perspectiva podrían estar los esfuerzos de quienes trabajan en función de la interculturalidad, las investigaciones de género, la vida cotidiana, las relaciones del hombre con la naturaleza, los anhelos de los consumidores, la participación democrática; investigaciones que muestran otros actores y otros hechos más allá de las clases y la lucha entre ellas.

Esto no significa desmerecer las temáticas clásicas de la historiografía marxista. ¿Quién podría negar que fenómenos como la globalización y el estancamiento económico justifican proseguir con una revisión histórica de nuestro mercado interno y de las relaciones de la economía peruana con los países céntricos?. Más aún si se trata de una revisión que se aleja del victimismo dependientista. ¿Quién podría negar la importancia del análisis de los movimientos sociales, asumiendo el reto del individualismo metodológico y no desde visiones esencialistas de lo colectivo? Sobre todo en nuestros días en que uno de los principales obstáculos de la política democrática es no poder movilizar la acción colectivamente³. Tales temáticas seguirán siendo importantes siempre que sean estudiadas constructivamente y que no sirvan para alimentar los odios del presente que, afortunadamente, no han sido tan terribles.

Pero, pasa lo siguiente: tales temáticas sintonizan cada vez menos con los problemas cotidianos de hombres y mujeres de nuestros días y tal vez podríamos decir que muchas veces sintonizan con los anhelos de pequeños grupos de personas demasiado ideologizadas (o también excesivamente académicas que no llegan a la exaltación); fuera de este ámbito a muy pocos puede interesar una historia de las revueltas indígenas o de los errores tácticos de Túpac Amaru II. Vale la pena preguntarse: ¿a quién podría convenir una exaltación de las rebeliones violentas del pasado?. En cambio,

las investigaciones que aludíamos antes del párrafo anterior; cumplen mejor que la historiografía marxista y que el documentalismo indiferente como la lección que el joven Macera (1968) propuso aprender del segundo historicismo peruano: «estudiar con preferencia aquellas cuestiones que sean las más próximas y compatibles con la inquietud actual [...] escribiendo la historia de adelante hacia atrás, recogiendo un problema en sugerencia presente y retrocediendo luego hasta la Colonia o el Incario, hasta donde sea conveniente para explicárselo»⁴. De hecho, una historia de la delincuencia, de los problemas conyugales, de la ecología, o una revisión de la historia agraria y del mercado de trabajo, por citar algunos ejemplos, están más cerca de las inquietudes actuales que una historia de la revuelta campesina o de la resistencia indígena a la religión cristiana.

Los límites de esas perspectivas se expresan en que sus aportes muchas veces resultan fragmentarios y por ello son asimilables por cualquier modelo: no suministran el suficiente armamento dialéctico para cuestionar decididamente el statu quo. Sin duda, estos límites están condicionados por la ausencia de un proyecto de país alternativo -uno que responda a los intereses de la mayoría de peruanos antes que de los privilegiados-, pero también tienen que ver con el hecho de que muchos científicos sociales no se atreven o no quieren, en parte por pesimismo, ensayar colectivamente un proyecto de país. Pero habría que considerar que no siempre es de esa manera. Los estudios de género, por ejemplo, muchas veces vienen siendo realizados con la explícita intención de rescatar esa sensibilidad que las mujeres supieron conservar «...esa conmiseración ante las desgracias propias y ajenas -sobre todo las ajenas-, salvando para sus hijos y para los hijos de sus hijos la capacidad de ser solidarios, es decir, rescatar una memoria histórica de las mujeres para forjarnos hoy una identidad propia, democrática y solidaria»⁵. Por ello, es factible sostener que se podría comenzar a disponer de una lectura crítica de nuestro pasado como punto de partida para que los ideólogos y políticos puedan cincelar un nuevo proyecto para el país.

Mirar el Mañana

Finalmente, ¿hasta que punto es prudente y realista hablar de un proyecto de país, hoy que sólo quedan ruinas de los proyectos del pasado y existe un desencanto generalizado?

En todo caso ¿de qué tipo de proyecto se está hablando?

No se quiere proponer aquí una versión en positivo de la construcción del «gran proyecto». Abstenerse de algo así tiene como punto de partida una visión más descarnada de las posibilidades que tiene nuestra disciplina en relación al mañana y en relación al futuro, dos instancias sutilmente distintas.

En nuestros días existe consenso en que la historia no tiene leyes inexorables por lo cual no podemos predecir el futuro; que la historia está hecha de muchas intencionalidades y actos inconscientes como para adelantarnos a la dirección definitiva.

Esto no ha significado suscribir la sentencia categórica de los liberales de que no puede haber ninguna predicción del curso de la historia y que se debe confiar en las fuerzas autoorganizadas que crean órdenes espontáneos -idea que domina hoy nuestro país- y que por lo tanto no debe haber ningún tipo de planificación, con excepción de las que son imprescindibles al modelo neoliberal como la planificación familiar. Existen de sobra ejemplos de que sí es posible predecir correctamente el curso

histórico a escala intermedia con ayuda del análisis de las tendencias presentes como también con el análisis histórico.

Alvin Toffler acertó en 1970 al pronosticar la importancia creciente del conocimiento en la economía y la tendencia a la desmasificación de la producción y del consumo en las sociedades desarrolladas. Aunque razonablemente se puedan calificar muchas de sus predicciones como simples profecías, se debe aceptar que Toffler ha acertado en el mediano plazo.

El análisis del pasado, como defienden importantes teóricos, también ha servido para predecir el curso de los acontecimientos cuando se ha realizado con un criterio desontologizador. Los sociólogos nos muestran que se puede predecir con toda seguridad que las redes familiares extensas de solidaridad tenderán a disgregarse al entrar en contacto con un sistema mercantil industrial⁶. En nuestro país, no era imposible prever el incremento de accidentes automovilísticos producidos por las combis, si sólo reparáramos en que algo similar ocurrió en algunos países del sudeste asiático cuando se inició la brusca liberalización del tránsito. Hoy ningún economista duda de que -de agravarse los problemas de la brecha externa- la economía entrará en colapso, y muy pocos dudan de que sin un apoyo del Estado a la industria será imposible alcanzar el desarrollo. El mismo Fukuyama en su reciente libro augura un mañana no muy alentador para la economía estadounidense si no logra recuperar y fomentar un mayor grado de confianza en el tejido social. Para hacer estas predicciones todos ellos han recurrido a la experiencia histórica. Un impulso en el Perú de la historia comparada o mejor de la sociología histórica podría permitirnos comprender bajo qué condiciones el Estado, el mercado, las élites sociales y políticas, las clases laborales, etc., son factores que hacen posible el desarrollo de un país. Estamos hablando obviamente de predicciones a mediano plazo. Ningún pronóstico o gran proyecto a largo plazo se ha cumplido, por lo que no existe sustento empírico para tal pretensión.

Pero la principal razón para abandonar la idea de ayudar a construir un gran proyecto es de índole moral: tenemos que aceptar con humildad que no debemos plantearnos desafíos que corresponderán a las generaciones que nos sigan asumir y que lo que nos toca -*solidaridad intergeneracional*- es dejarles una mejor herencia, incluyendo un medio ambiente bien conservado, para que ellas puedan plantearse desafíos superiores a los nuestros. Si la historia, como dice Bobbio, tiene un efecto perverso -muchos de nuestros bien intencionados actos a la larga pueden resultar para mal- entonces no tenemos el derecho de equivocarnos en asuntos de gran envergadura -menos aún si no hemos resuelto los problemas del presente. En este sentido tenemos en Jorge Basadre un brillante antecedente. En 1929 señaló con lucidez que «el socialismo parece más del futuro que del mañana» y discrepó con los marxistas de su época que querían condenar a toda una generación «para un remoto porvenir». Aceptó con realismo que el Perú esperaba para el mañana la etapa capitalista pero al mismo tiempo aspiraba a que esa etapa «sea dirigida por un espíritu colectivo impregnado del sentido de justicia, de honradez y de auténtico amor al Perú (el verdadero amor al Perú es el amor a la masa, a la nación, al pueblo peruano, no en el pasado ni en la retórica sino en la acción)»⁷. Nuestro gran historiador prefirió situarse en ese mañana próximo para desde allí pensar en el Perú como una posibilidad. Y esa actitud sigue siendo vigente para los socialistas que entre otras cosas también nos definimos como liberales.

Pensar en el mañana es una manera sensata de administrar la incertidumbre. Un camino para salir de esta situación sin aspirar a tener una dimensión de Futuro: un panorama de certezas sobre desafíos que corresponderán a otros asumir. Lejos de

situarse en un horizonte plagado de ilusiones, el quehacer histórico podría contribuir a la formulación de un nuevo proyecto para el país que a la vez que genere consensos busque articular las diferencias. A pesar de ello, cualquier mañana al que podamos aspirar precisa de mitos colectivos que puedan unificar. Mitos terrenales, mitos nacionales. Ya no, obviamente de ideales imposibles -la utopía marxista-, sino más bien de una fuerza intersubjetiva capaz de cohesionar a las parcialidades, los particularismos, gremios o tribus modernas o simplemente ciudadanos alrededor de objetivos que cristalicen valores humanistas y nacionales.

Notas

- 1 Manrique, Nelson, «La ética, el socialismo y la revolución», en *Márgenes*, 7, enero de 1991, p. 109.
- 2 Ver De la Garza Toledo, Enrique, «Posmodernidad y totalidad», en *Revista Mexicana de Sociología*, 4, 1993.
- 3 El asunto es crucial, pues no sólo se trata de echar luces desde el pasado para hilvanar un proyecto de país, sino de comprender mejor las posibilidades de movilizarlo colectivamente, de entender cómo se logra la acción colectiva.
- 4 Macera, Pablo, «La historia en el Perú: ciencia e ideología», en *Trabajos de historia*, T. I, 2da ed., Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM, p. 20.
- 5 Francke, Marfil, «Género, clase y etnia: la trenza de la dominación», en Degregori y otros, *Tiempos de ira y amor*, Descó, Lima, 1990, p. 98.
- 6 Ver Paramio, Ludolfo, «Del socialismo científico al socialismo factible», en *Tres el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*. Siglo XXI editores, México, 1989.
- 7 Basadre, Jorge, «Caracterización de la sociedad peruana», en Flores Galindo, Alberto, *El pensamiento comunista*, Mosca Azul Editores, Lima, 1982, p. 107-8.

Agradecemos a:

Clínica Anglo Americana

“El Estado del Arte en Clínica”